

HUELLAS

25 AÑOS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



Barranquilla y su carnaval,
obra maestra del patrimonio oral e intangible de la humanidad

Celebraciones para la vida y la muerte *

[carnestolengos en Cartagena de Indias]

María Cristina Navarrete**

Los pueblos negros de África y América han celebrado a través de su historia con júbilo y regocijo las ceremonias de la vida y de la muerte. En la separación imperceptible entre lo sacro y lo profano que caracterizó la visión del mundo de estos grupos en el siglo XVII, es muy difícil determinar cuándo una celebración profana guardaba exclusivamente ese significado, por cuanto el sentimiento de lo sagrado acompañaba gran parte del acontecer cotidiano, y, a su vez, toda celebración religiosa traía consigo la sacralización de los acontecimientos sociales y de la vida de los individuos. [...]



Foto de Vivian Saad

El gobierno colonial español auspició y legalizó la constitución de cabildos, especies de fraternidades donde se agrupaban personas originarias de una misma nación africana; sin embargo, tuvieron siempre buen cuidado de que hubiese cabildos de varias etnias para que ninguno fuese lo suficientemente poderoso o numeroso que opacase a los demás.¹

Los cabildos permitieron la supervivencia de ciertas manifestaciones culturales africanas, a pesar de las dificultades para evidenciarse con nitidez y expresarse a través de prácticas religiosas y mágicas tomadas de la tradición euro-cristiana. [...]

Según legislación de finales del siglo XIII, se permitió a los esclavos juntarse para celebrar sus

bailes y fiestas los días feriados; con esto se consideraba que acudían más gustosos al trabajo y soportaban mejor la condición de esclavitud; a uno de los esclavos se le daba el título de mayoral y servía de intermediario entre los esclavos y sus amos; además, colaboraba con los representantes de la autoridad en dirimir las rencillas.² [...]

Según Roger Bastide, la política de permitir la constitución de cabildos o cofradías, agrupados por «naciones», correspondía a una idea deliberada por parte de las autoridades con el fin de evitar la formación de una «conciencia de clase explotada».³ Esta política tuvo resultados favorables al sistema imperante por cuanto impidió la respuesta colectiva de confrontación beligerante, pero, a su vez, estimuló el carácter de asociación, la celebración de festividades y el desarrollo de actividades de socorro; las cofradías fueron casi la única posibilidad de encuentro autorizado para los esclavos africanos. Desde otra perspectiva, las cofradías sirvieron como mecanismos de control ideológico y facilitaron el camino de aceptación de los esclavos dentro de la sociedad mayor a través del cristianismo.

* Apartes de un capítulo del libro *Prácticas religiosas de los negros en la colonia; Cartagena siglo XVII*. Cali: Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, 1995, p. 73-92. Cedido por su autora especialmente para *Huellas*.

** Profesora titular de la Universidad del Valle.

La formación de cabildos fue un fenómeno urbano. Cartagena, la ciudad más importante de la región Caribe, no estuvo ausente del proceso de formación de estas fraternidades; además, su historia está relacionada con la configuración social de la ciudad y con la variedad de «naciones» que la poblaron durante el siglo XVII, la misma que correspondió a la diversidad de grupos que entraron por el puerto. En esta región, no se formaron grandes concentraciones esclavas de africanos de una misma etnia, esto es, pertenecientes a un origen común y cultural. En ciudades como Cartagena, por su condición de puerto negrero, se fue constituyendo un estamento social compuesto por esclavos y libres de distintas etnias africanas, por negros criollos, mulatos, zambos y otras castas.

La diversidad de etnias en Cartagena y la ausencia de un grupo, suficientemente numeroso, como para constituir cabildos poderosos, impidieron que éstos se convirtieran en verdaderos centros de continuidad y preservación de creencias religiosas africanas, como sí aconteció en Cuba y en Brasil respecto al ñañiguismo y al candomblé; además, en estos países la afluencia de africanos y la duración de la esclavitud se prolongaron por más tiempo.

En relación con los cabildos de Cartagena, es muy poca la información existente; según Posada Gutiérrez, había en Cartagena cabildos de carabalíes, mandingas y congos, cada uno con un rey, una reina y hasta príncipes.⁴ [...]

Las funciones concretas de los cabildos cartageneros son desconocidas; pero es una realidad que tuvieron una activa participación en las celebraciones religiosas y seculares como la fiesta de la Virgen de la Candelaria y las carnestolendas que cronológicamente la seguían. [...]

Para las fiestas de la Candelaria y del Carnaval, los esclavos intensificaban la actividad de los cabildos; durante aquellos días sus amos y las autoridades municipales les permitían congregarse y divertirse en los respectivos cabildos.⁵

LOS FESTEJOS DE LA VIDA

Las fiestas de carnaval y la celebración de la Virgen de la Candelaria que las precedía, fueron consideradas por los pobladores de Cartagena como sus festividades más representativas.

El 2 de febrero se trasladaba prácticamente todo el pueblo cartagenero hasta el cerro de la Popa,⁶ a las nueve de la mañana para la misa, y en las noches para las diversiones profanas; los grupos de menor capacidad económica celebraban al aire libre, y quienes podían costearse los placeres y los trajes de elegancia acorde con la ocasión, lo hacían en un gran salón construido para ese fin. La participación en estas últimas era discriminatoria: primero el baile de las blancas, llamadas de Castilla, después el de las pardas y otras castas, y posteriormente el de las negras libres; por su parte, la gente pobre bailaba al descubierto al son de los tambores; formaba una gran rueda en la que hombres y mujeres daban vueltas alrededor de los tamborileros y marcaban el ritmo con palmadas; los hombres cortejaban su pareja entregándoles velas y un pañuelo de color para cogerlas; los indios también participaban bailando sus ritmos y al son de la gaita.

El último día antes del Domingo de Carnaval, los cabildos de los esclavos bozales realizaban su propia celebración; a ésta se unían esclavos criollos, nacidos en la tierra; ese día, rememorando tradiciones africanas y vistiendo a la usanza de sus pueblos de origen, partían en desfile para dirigirse cantando y bailando hasta la iglesia de la Popa; los tambores, panderetas y cascabeles acompañaban a los danzantes; los reyes y reinas de los cabildos y la gente de su corte llevaban trajes de acuerdo a su condición; después de la misa quedaban libres para enfiestarse en sus cabildos.⁷

Las celebraciones de carnaval se constituyeron en elemento determinante en la cronología de los acontecimientos de Cartagena: los mulatos y negros cuando se referían a hechos ocurridos en la ciudad los relacionaban con el domingo o el lunes de «carnestolengos».

Otras fiestas importantes en Cartagena, eran la Concepción, que se festejaba con toros, y la de san Pedro Nolasco, que celebraban los frailes de la Merced.⁸

El africano en suelo americano y sus descendientes desarrollaron fiestas procesionales de origen ancestral que se entroncaban con las festividades de tipo semejante que practicaba el pueblo católico. Por lo tanto, al africano no le eran ajenas las fiestas procesionales; en África las había celebrado en diversas ocasiones: en tiempos de cosecha, para los festejos de iniciación, prevención de

daños, conjurar fuerzas sobrenaturales, etc.; las había públicas, secretas o colectivas, con la participación de todo el grupo y con delegación de grupos vecinos, en determinadas circunstancias.⁹

El cabildo municipal¹⁰ de Cartagena, por medio de ordenanzas, prohibió que los esclavos negros se reunieran a cantar y bailar por las calles de Cartagena acompañados de tambores; designó sitios específicos en donde tenían licencia para bailar sólo hasta la puesta del sol. Pese a estas restricciones y a las rondas policivas que custodiaban el orden, en las horas de la noche, los esclavos y libres continuaron reuniéndose y celebrando bailes acompañados de tambores; era frecuente que las mujeres, negras y mulatas, se entretuvieran en bailes y juegos en la casa de alguna de ellas o en espacios abiertos apartados; las autoridades y otra gente lo interpretaron como «reuniones de brujas»; una noche, el mulato Diego López fue a buscar a su amiga Juana de Ortencio, con quien «trataba deshonestamente» y encontró a varias mujeres, negras y mulatas, bailando y divirtiéndose en el corral de la casa de Elena de Viloria; curioso por saber qué era aquello, lo invitaron a que fuese la noche del viernes a la ciénaga de los Manzanillos, hacia las nueve de la noche, para que participara con ellas en el jolgorio.

Los negros y otras castas acudían también, a las estancias vecinas como Chambacú y en una «playeta» se pasaban todo el día «holgándose» y bailando; allí se reunían mujeres, negras y mulatas, y toda suerte de gente, como carniceros, ayudantes del pre-

sidio y otros más, para disfrutar de momentos dignos de ser recordados.¹¹

En las juntas de «brujas» negras de Zaragoza, Tolú y Cartagena no faltaba el baile; formaban un círculo, acompañadas por la música de tambor y acentuando el ritmo con «castañetas», palmas y cascabeles que llevaban en las piernas; en Cartagena, las mujeres portaban «candelillas» en las manos, o colocadas, según otras versiones, sobre huesos.¹²

El padre Claver era uno de los principales enemigos de las diversiones de los esclavos negros. Trataba por todos los medios de impedir los bailes que organizaban, así fuera en el interior de sus habitaciones; enterado de ellos, tenía por costumbre aparecerse en forma intempestiva, los amenazaba con el látigo dispersando a los concurrentes y confiscaba sus tambores. Inicialmente, los esclavos le obedecían, pero poco a poco comenzaron a resistirse; acostumbrados a reunirse al aire libre, optaron por sitios encubiertos, como el establecimiento de una mujer negra que expendía guarapo¹³ y en donde se organizaban bailes públicos; allí, también acudió el padre Claver cuando los negros estaban en pleno baile, y con las disciplinas¹⁴ que lo acompañaban disolvió la fiesta, recogió los tambores, rompió las botijas de guarapo y solicitó al gobernador castigara a la propietaria.¹⁵

Los tambores y la música en general desempeñaron un papel importante en el proceso de acomodación del africano a las nuevas formas de vida en el continente americano. Los instrumentos musicales facilitaron este ajuste y preservaron la influencia africana. El negro tuvo



que reconstruir sus tambores, dada la imposibilidad del transporte en los barcos negreros; esta reconstrucción implicó la adopción de nuevos materiales y tecnologías y, por lo tanto, la desaparición de algunos instrumentos africanos.

Los tambores fueron para los africanos una manera de dominar los poderes mágicos de aquellas fuerzas naturales que representaban. Igual función tenían los instrumentos pequeños como las panderetas y cascabeles, medios sonoros invocadores de divinidades.¹⁶

Los tambores se vendían por las calles de Cartagena y la gente de castas los adquirían fácilmente; cuando el padre Claver los confiscaba, solía depositarlos en tiendas para su venta o exigía dinero por el rescate que destinaba a los enfermos de lepra.

Como el padre Claver prohibía las fiestas de los esclavos, les organizaba otras en donde pudieran regocijarse de acuerdo con sus instrucciones. El baile comenzaba a las cinco de la tarde y los participantes llevaban trajes preparados bajo sus condiciones, «engolados pero decentes», se bebía vino de palma y ron en cantidades mesuradas, porque «el licor excitaba las pasiones y hacía perder el juicio»; los requisitos para la danza estaban determinados; de un lado, las mujeres y del otro, los hombres; podían moverse con ritmo y suavidad sin acercarse demasiado unos a otros para «no perder el compás». Un esclavo intérprete cuidaba el orden y a las nueve de la noche con la retirada de los músicos, la fiesta terminaba. Si alguno de los asistentes se ponía impertinente y quería continuar la fiesta, el padre irrumpía con disciplina en mano y lo obligaba a azotarse en público y a pedir perdón por la desobediencia.¹⁷

Estos bailes eran permitidos para la celebración de un matrimonio, al final de la pascua o con motivo de la llegada de la flota; pero, estaban prohibidos cuando los esclavos querían celebrar con baile y música la muerte de uno de los suyos.

A pesar de las represiones eclesiásticas, los bailes o fandangos, que en Cartagena la gente de castas llamaba bundes, se seguían celebrando de manera regular entre la población de origen africano. La poca aceptación de los grupos altos y el rechazo de las autoridades, especialmente las eclesiásticas, fue de tal magnitud que llegó hasta oídos del monarca. En respuesta, el rey decidió solicitar

al gobernador de la provincia le informase sobre tales diversiones y si en ellas había manifiesta deshonestidad. A esta petición, el gobernador contestó que en esos bundes no había intención descompuesta, puesto que el hombre no tocaba a la mujer ni las coplas eran indecentes; se limitaban a la formación de una rueda, la mitad de hombres y la otra de mujeres a cuyo centro pasaba una pareja que se intercambiaba por otra, incorporándose la primera al espacio dejado por la segunda y así sucesivamente hasta el momento en que cesaba el tambor que los acompañaba. El gobernador advertía lo difícil que sería reprimir esta costumbre tan vieja y generalizada, puesto que eran muchas las personas que la practicaban tanto en las villas como en los campos. El gobernador y el obispo acordaron prohibir los fandangos por las noches en las vísperas de fiestas; para evitar que los esclavos se quedaran descansando durante el día y no asistieran a misa por la «mala noche» anterior que habían pasado.¹⁸

A comienzos del siglo XVIII, mujeres y hombres, negros y mulatos, persistían en sus formas particulares de celebración religiosa. En las casas de los vecinos de Tolú, solían reunirse varias personas alrededor de un altar hecho en casa, hasta altas horas de la noche, para conmemorar el día de la Santa Cruz. Tenían la cruz adornada con cintas, joyas, velas encendidas y el festejo incluía música y cantos, al parecer en forma muy heterodoxa, por cuanto provocó la ira de un sacerdote de la villa, quien irrumpió en el recinto al oír «voces descompuestas y cantares deshonestos», y preguntando a los asistentes «si era posible se hiciese aquello en tierra de cristianos», con gran cólera, tiró las velas y tomó la cruz para evitar aquellas irreverencias al Santo Cristo.¹⁹

Jorge Juan y Antonio Ulloa, en las descripciones de su viaje a la América Meridional, se referían a las fiestas de negros como «fandangos vulgares del populacho», ocasiones para el desorden y la bebida, generalmente seguidos de riñas acaloradas que en la mayoría de los casos terminaban en desgracia. Eran festejos abiertos para todos, que los forasteros ayudaban a animar y a costear; estas diversiones se celebraban los días santos y en las épocas de presencia de la flota y de los navíos de otros reinos españoles que acudían a comerciar en Cartagena.²⁰

La pasión de los africanos y sus descendientes criollos por el baile es parte de la herencia africa-

na. Viajeros europeos en el África de los siglos coloniales están de acuerdo en que «cuando sale la luna toda el África baila»; Dapper el geógrafo holandés que visitó el África en el siglo XVII, explicaba que cuando las negras oían el tañido de un tambor no podían mantener quieto su cuerpo a pesar de llevar un hijo en el vientre y otro en el pecho.²¹

Las fiestas y el sentido de lo teatral han tenido siempre una gran importancia para la mayoría de los habitantes del África Occidental; ambas manifestaciones estaban asociadas al uso de las máscaras, tan extendido en estos pueblos. La música y la danza ocupaban en el África no sólo una gran parte del esparcimiento, especialmente de los jóvenes, sino que intervenían en los ritos y a menudo en el trabajo, es decir, eran muy pocas las acciones de la vida que podían realizarse sin el apoyo del ritmo.²²

Michelet se refirió a los esclavos negros antillanos y anotaba que después de un día de terrible calor y a pesar de sus fatigas, caminaban seis leguas hasta el lugar a donde se congregaban para bailar.²³

Los africanos danzaban para expresar lo que llevaban dentro y para propiciar a los espíritus buenos y malos, convocar a las divinidades y fuerzas naturales, acrecentar los frutos de la tierra; en las ceremonias de nacimiento, iniciación y muerte con un carácter religioso, era una forma de comunicación con Dios y una placentera actitud de regocijo colectivo.

El baile de las esclavas y esclavos negros de la región, el que celebraban en las reuniones de cabildo, en las fiestas patronales y en las juntas de «brujas», se convirtió en una forma de expresar el sentido de congregación social y de reafirmar la identidad; además, era un medio para preservar la relación con el pasado y construir nuevas ma-



Archivo de la Casa del Carnaval, 2001

nifestaciones culturales, expresando una vez más, su potencial creativo.

Notas

¹ Manuel Moreno Fraginalls. «Aportes Culturales y Deculturación». *África en América Latina*. Bogotá: Siglo XXI. 1977, p. 16.

² Diana Iznaga, en el prólogo del libro de Fernando Ortiz, *Los negros curros*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. 1986, p. XI.

³ Roger Bastide. *Las Américas negras*, p. 15; Navarrete. *Esclavitud negra e inquisición. Los negros en Colombia*. Tesis doctoral inédita. Madrid: Universidad Complutense, p. 427.

⁴ Joaquín Posada Gutiérrez. *Memorias histórico-políticas*. Bogotá: Imprenta Nacional. 1929. T. II, p. 195 ss. Ángel Valtierra (S.J.) *El santo que libertó una raza: san Pedro Claver, S.J., su vida y su época*. Bogotá: Imprenta Nacional. 1954, p. 403-404.

⁵ Valtierra. *El santo...* T. I, p. 404.

⁶ En el cerro conocido como de la Popa los padres agustinos construyeron, a comienzos del siglo XVII, una iglesia y convento en honor de la Virgen de la Candelaria. El origen de éstos

parece proceder de la orden sobrenatural que recibió fray Alonso de la Cruz para que fundara una misión en una ciudad al borde del mar y sobre una colina.

⁷ Posada Gutiérrez, Joaquín. *Memorias histórico-políticas*. Bogotá: Imprenta Nacional. 1929, p. 195-209.

⁸ Archivo Histórico Nacional de Madrid (en adelante AHNM). Legajo 1600, folios. 29-32v. Leg. 1620, fls. 28-32.

⁹ Argeliers Leon. «Música Popular de Origen Africano en América Latina». *Introducción a la cultura africana en América Latina*. París: Unesco. 1979, p. 119, 122.

¹⁰ Cabildo Municipal: Órgano de administración local para el gobierno de la ciudad en todos sus aspectos.

¹¹ AHNM Leg. 1620 n° 7 fls. 4-7; Leg. 1620 n° 7 fls. 45v-51; Leg. 1620 n° 10 fls. 65-83.

¹² AHNM Leg. 1620 fls. 19v-21; Libro 1020 fls. 344v-3347.

¹³ Guarapo: Bebida fermentada que se prepara con el jugo que se extrae de la caña.

¹⁴ Disciplinas: Correas de castigo o azote.

¹⁵ Valtierra, *El santo...* T. II, p. 217-218.

¹⁶ León, «Música Popular...» p. 112, 116, 119.

¹⁷ Luis Mejía Restrepo. *Historias de san Pedro Claver*. Manizales: Biblioteca de Escritores Caldenses. 1951, p. 39.

¹⁸ Valtierra, *El santo...* T. II, p. 218-219.

¹⁹ AHNM Leg. 1623 fls. 20-24v.

²⁰ Jorge Juan y Antonio Ulloa, en Eduardo Gutiérrez de Piñeres. *Documentos para la historia del departamento de Bolívar*. Cartagena: Imprenta Departamental. 1924, p. 341.

²¹ Dapper, en Valtierra. *El santo...* T. II, p. 216.

²² Michel Leiris y Jacqueline Delange. *África Negra*. Madrid: Aguilar. 1967, p. 39, 142.

²³ Jules Michelet. *Historia del satanismo y la brujería*. Buenos Aires: Editorial Dédalo, p. 105. ■